

Hugo Alfredo Hinojosa
Siglo

Hugo Alfredo Hinojosa

Siglo

Basado en pasajes de Jean François Lyotard, Paul Virilio y J. M. Coetzee

Tomado de *Siglo*, libro editado por Ediciones El Milagro, 2008

Círculo de Poesía

The highest propaganda is the propagation of a new mythology.

J. M. COETZEE.

Creo que todas las imágenes son consanguíneas. No hay imágenes autónomas. La imagen mental, la imagen virtual de la consciencia, no se puede separar de la imagen ocular de los ojos, ni se puede tampoco separar de la imagen corregida ópticamente, de la imagen de mis gafas. Tampoco se puede separar de la imagen gráfica dibujada, de la imagen fotográfica. Creo en un bloque de imágenes, es decir, en una nebulosa de la imagen que reúne imagen virtual e imagen actual.

PAUL VIRILIO

NOTA

Aclaraciones preliminares al montaje.

Cada historia tiene su propia cronología. Se deben tomar los conflictos como partes aisladas de momentos históricos que se complementan entre sí. Así pues, el contexto, la mecánica de la obra y las imágenes a proyectar no parten de una arbitrariedad. El espacio escénico, al igual que el cuerpo de las personas, es un espacio de proyección. La parte final de la obra puede utilizarse como base metadieгética para la construcción de un discurso simultáneo a las acciones acotadas en las escenas.

Las indicaciones que necesiten proyectarse estarán en tipografía de menor tamaño.

I

Llueve en imágenes.
El silbido del viento advierte
una selva en la cual también llueve.
Llueve luz y calor.
Brotan del suelo distintos caminos de
luz.
En esos caminos hay gente que transita
y desaparece.
El espacio se inunda;
un océano que rápido se vuelve árido
da vida a un desierto.
Hay serpientes que circundan los valles.
Las dunas del desierto son mareas.
Sobre la arena hay hombres muertos,
resecos.
Todo se nubla.
Una vez más llueve.
Esos hombres sobre la piel del desierto
se hidratan
y huyen.
Se escuchan ruidos de hélices,
un helicóptero espera iniciar un ataque.
¿Qué más da que inicie una batalla?
El ruido del helicóptero cesa.
Irrumpen ruidos ciudadanos.

El palpar del mundo.
Se escuchan gritos de niños
que juegan y se divierten;
gritos que terminan
siempre
por debilitar cualquier espíritu...

Unas mujeres pálidas y sin pechos descansan en el espacio.

Caminan paulatinamente

hasta llegar al lugar donde,

del cielo,

nace un rayo de luz que luego se extingue.

Ellas se hincan,

cubren con sus brazos sus pechos.

Cubren con sus manos sus bocas.

Descansan en ese horizonte.

Descubren sus bocas,

intentan hablar,

no lo logran.

Deja de llover.

Las mujeres abrazan el viento que a sus lados vaga;

tratan de llevarlo a sus bocas.

Aquella que inicie el habla

es quien logre hacer entrar el viento en su boca.

Se proyectan las acciones minuciosas
de las mujeres que no se ven a simple
vista,
el detalle,
los detalles;
la mirada ensimismada,
el movimiento de los labios,
el sereno ritmo de las fosas nasales.

Una mujer dice...

AYER...

Me recuerdo sentada bailando con mi sombra;

desnuda,

bailando con mi sombra;

alegre,

bailando con mi sombra.

Mientras, en mis ojos se desnuda mi sombra.

Ayer me recuerdo callada

sobre un arbusto pequeño,

lleno de lama.

Recuerdo la sombra de los árboles peleando con el viento.

Me recuerdo sentada...

Cantando,

tal vez,
cantando...
Observando el vaivén recio de mi sombra.
Más tarde gritos...
Leves aullidos de bestias sobre el campo lleno de brisa,
sobre el campo golpeado por el viento.
Me recuerdo con el vientre sobre el pasto.
Mi vientre abierto sobre el pasto.
Me recuerdo callada.
Mi ojos sobre nada,
recuerdo el vaho,
un pobre vaho.

Las mujeres pelean la voz.

Una mujer dice...

HOY...

cómo...

... caminar...

Decir...

Cómo...

¿Cómo es caminar?,

¿conversar con cada respiración que se da,

que se tiene entre los poros de la piel

y de los recuerdos?

En ocasiones pienso que todo es una evocación
que se pierde.

Tengo miedo de estar desnuda de memorias...

...

Las horas son ratas que carcomen la piel del tiempo.

A veces...

el aire está podrido.

...

lo que queda de mí no tiene nombre.

No hay costas sobre mi cuerpo,

no hay nada de aquel lado de los océanos,

hoy mis días y noches están agotadas.

Hoy no guardo silencio.

Las mujeres pelan la voz.

Una mujer dice...

RESPIRO...

...

soy un peldaño de polvo

suspendido entre el vagar de los giros del mundo

o de la huida de algún felino.

Hace tiempo que dejé perdido el latido de mi pecho...

... derramo el calostro...

Sobre la faz del polvo,

el viento rehuye de mi cuerpo...
... Pienso que...
tengo tantas ganas de un poco de mierda...
Respiro pensando en caminos,
en líneas sobre
los caminos.
Respiro lodo cuando estoy en medio de una tormenta.

Las mujeres pelean la voz.

Las acciones de las mujeres,
lo que dicen,
se proyecta hacia atrás en el tiempo.

Una mujer dice...

EL NAVEGANTE...

... se vuelve marea,

marejada...

... Suplica la memoria de la infancia...

tiene una sonrisa asfixiante,

desconsolada.

Después de todo,

la tristeza es la infancia más grande que tenemos.

Para qué ser feliz si no se es despiadadamente inhumano.

El navegante puede hundirse,

nadie lo extrañará.

Las mujeres pelean la voz.

Una mujer dice...

GRITOS...

La memoria es grito.

Un galopante grito perdido...

Cuando estamos callados,

damos relinches.

Queremos desbocarnos...

trotamos dando saltos sobre las vayas,

se galopa casi al pie de los acantilados

tratando de caer al precipicio sin desbocarse.

Las herraduras resisten el paso incluso sin

anhelar seguir erguidos sobre el polvo.

Las mujeres pelean la voz.

Una mujer dice...

ÉL, YO, OTRO...

Sientes ese nudo en la garganta cuando se está a punto de llorar...

el llanto,

esa triste agonía.

Cuando se llora un recuerdo,

el llanto se vuelca entre el polvo temprano del olvido.

Hace tiempo que me fatigan las sonrisas...

Las mujeres terminan sus tareas.
Se observa la imagen de un feto que va
de la gestación hasta la
muerte.

Ellas guardan silencio.

Entran unos hombres.

Estos pasean frente a ellas.

En los cuerpos de los hombres se
proyecta fuego,
demasiado fuego que pareciera
quemarlos.
Termina.

Los hombres se retiran,

quedan a espaldas de las mujeres.

Éstas pareciera que inician de nuevo el habla.

Se escucha un estruendo;

después un silencio,

luego una canción de cuna alemana.

Aparecen en los cuerpos de los
personajes relojes que giran lentamente,
después con velocidad,

hasta que la imagen desaparece.
En los cuerpos de las mujeres se
observan cuadros de fetos apenas con
un mes de gestación.

*Los hombres se tumban,
descansan boca abajo en el suelo.
Las mujeres tocando sus vientres
inician un nuevo discurso.*

L A S M U J E R E S

Sobre el cuerpo de la mujer en turno se
proyecta la orilla de un mar,
la caída de las hojas de una selva.
Lluvia.
La sonrisa de un bebé que desaparece
entre la lluvia.
Después se escucha el canto de aves,
un ambiente cálido.

Una mujer dice...
Ayer sonreía,
caminaba entre los campos de arroz;
entre los huecos llenos de lodo;
llenos de grietas vueltos surcos

donde bien podría nacer la vida.

Ayer sonreía,

caminaba entre la piel del tiempo.

La mujer queda en silencio.

Se escucha en susurros una canción de cuna en español.

En el cuerpo de la mujer se proyecta la
nevada de algún invierno;
sobre el hueco de sus pechos el rostro
de un bebé que mama la leche materna.

Se escucha un llanto infantil.

El rostro del bebé desaparece.
En el cuerpo de la mujer únicamente
nieva.

La mujer habla sin que se entiendan sus palabras.

Calla.

Se detiene observando el vacío,

Hace frío,

hace frío.

No hay aromas.

A veces se escuchan llantos de mujeres,
de trenes;
de máquinas que absorben los caminos blancos.
El cielo es eternamente blanco.
Aquí los llantos tienen cuerpo.
Un cuerpo liso,
tremendamente cálido...
Por las mañanas tiembla...
Las máquinas hacen que las madres lloren,
que éstas desatiendan su vida con grácil lentitud.
Me llamo olvido y creo,
a veces,
en el recuerdo.

Su cuerpo se torna oscuro.

*Una de las mujeres se pone de pie
y camina en círculos en su lugar reducido.*

En el cuerpo de esta mujer se proyectan
imágenes de niños a gran velocidad.
Después cuadros de niños que se
parecen físicamente;
las proyecciones se detienen sobre el
vientre,
sobre los pechos,

sobre el rostro de la mujer.
Las imágenes de los niños llevan la
leyenda SE BUSCA.

Una mujer dice...

La gente cree que las calles son peligrosas.

La gente dice que nadie está seguro en el mundo.

La gente muere.

La gente,

sólo a veces,

ríe.

La gente necesita el cuerpo de la gente.

La gente observa.

La mirada de la gente siempre

está dentro de la mirada de los demás,

de los otros que no son la gente que observa.

Yo también observo el mundo de pie

sobre las banquetas,

observo las avenidas de izquierda a derecha

y de arriba hacia abajo.

Tampoco el cielo debe dejarse perder cuando se observa el mundo.

Respiro mis lágrimas cuando intento permanecer en medio del horizonte.

Debo de conocer el ciclo del mundo...

La gente dice que se debe tener paciencia.

La mujer calla,
las imágenes desaparecen de su cuerpo.

Se escucha entre el viento una narración de un cuento en vietnamita.

Sobre el fondo del lugar se proyecta
una lluvia incesante de fuego que,
cuando termina,
simplemente se observa un desierto con
cimitarras enterradas en la arena,
simulando una ola metálica.
Sobre el brillo de estas olas se observan
cuerpos de niños que flotan.

Habla la última mujer...

Sobre ésta se proyecta la imagen de un
niño que da la espalda al mundo;
éste lleva vestimenta árabe.

*Todo se apaga,
solamente un rayo de luz baña a la mujer.*

Grietas,
todo grietas.

Todo se hunde en un camino de fuego incesante.

Arde el vacío inerte del tiempo,

de la vida común,
de los granos de arena que se llevan en los ojos
rajando la mirada.

Todo es un grito entre el silencio.

Hace cuánto que no veo a nadie a mi lado.

Nunca supe en qué momento se deshizo la caravana.

Estoy recordando,

pero no quiero recordar.

La mujer se vuelve un rastro de oscuridad.

Mientras esto sucede se proyecta en el
espacio la imagen de un niño
vietnamita en medio del fuego de la
guerra.

Después se observa a un niño judío,
entristecido,
con ropa de invierno en medio de la
nieve.

Se proyecta la misma imagen del niño
judío ahora sonriendo; rápidamente su
rostro vuelve a ser de tristeza.

Se escucha a lo lejos un cuento de cuna
árabe.

De nuevo se proyecta la imagen de los
niños que flotan sobre la arena del
desierto.

El último cuadro es de niños desnudos
suspendidos en ganchos de canal de
rastros.

*Los hombres se ponen de pie;
uno observa el cielo;
otro ve con vehemencia el suelo;
otro intenta palpar el aire;
el último trata de escuchar sonidos..*

En el cuerpo de uno de los hombres,
se observa la imagen de un soldado
alemán;
este hombre intenta gritar pero de su
boca no salen palabras,
simplemente quejidos inhumanos que
se pierden entre todo,
mientras la proyección del soldado en
su cuerpo ríe.

En el cuerpo de otro hombre se observa
la imagen de un tipo que tiene dulces
que bien pudieran tentar a un niño.

Termina la proyección.

El hombre simplemente frota sus ojos,
los cierra,
los abre,

pareciera que quiere enfocar algo
dentro de su mundo,
lentamente acaricia todo su cuerpo
hasta quedar callado.

En el cuerpo de otro aparecen
helicópteros apache de la primera
guerra del golfo pérsico.

En el cuerpo del último se proyectan
aviones caza,
lanza llamas,
hombres muertos;
Este hombre sencillamente mira al
horizonte,
lleva sus manos a su boca.
Casi imperceptible aparece la imagen
de una explosión.

Mientras,
en el horizonte,
se proyecta la imagen de un niño que
juega con una hoja seca.

El mundo de éste es de colores
extremos.

Se escucha el llanto y rezos de mujeres
en árabe irakí.

Después, una pausada melodía
comercial.

II

La imagen del niño que juega

permanece.

Ahora él está solo en su horizonte.

A su alrededor va apareciendo el
mundo.

Así también,

personas invidentes,

aquellas que necesitan de algún

transplante de órganos.

Los hombres se hincan,

toman un poco de polvo,

intentan contar cada uno de los granos.

Un hombre habla...

RECUERDOS...

Siempre sueño.

Con luces.

Con fuegos raros que se pierden en la oscuridad que hay aquí.

Recuerdo cada uno de los colores que antes veía,

no se parecen a los que ahora existen a mi lado.

Me da tanto miedo que las cosas no tengan una forma,

un camino

que las conduzca a mi mirada como lo que son.
Cuando uno nace siempre tiene colores en los ojos,
le nacen siluetas
que se estampan en cada una de las miradas.

Se proyecta la imagen gigantesca de
niños de la calle.

Mamá decía que uno nunca debe dejar de ver las cosas.
Mamá decía que los recuerdos son siempre una parte de la vida.

Pero la vida no es parte de los recuerdos;
lo sé porque siempre he creído que si recuerdo,
de todas maneras no poseo nada que importe.

Nada.

Me gustaba caminar,
ver todo lo que estaba a mi alrededor.

Me gustaba ver los aviones,
ver los carros que te pasan
por un lado a gran velocidad haciendo

run, run;

un sonido que

pierde tan rápido

que parece llevarte lejos.

Mamá decía que lo que la gente ve

se teje en la imaginación;
pero mamá siempre fue una mujer muy olvidadiza.
Siempre olvidaba lo que veía,
yo lo sé,
porque imagino que nunca me recordó lo suficiente
para reponerme en su pensamiento.
Creo que siempre supe que me iba a ir de su lado.
Lo supe cuando soñé
que me caía en un lago inmenso
donde no había nada sino frío.
La gente siempre dijo que le gustaban mis ojos.
Que le gustaba mi cuerpo,
porque tenía la imagen de un niño sano
que no tiene nada de malo en el cuerpo que Dios le ha dado.
Mamá nunca se dio cuenta de que me seguían,
ella pensaba que yo contaba mentiras.
Siempre vi a esa gente
eran los mismos que me decían que tenía bonitos ojos.
Que tenía una mirada que otros niños quisieran tener,
pero siempre les contestaba que
una mirada nada más puede ser de una persona
y de nadie más.
Otras veces me preguntaban que si no me gustaría tener otra vida.
Pero esas son cosas que los niños no entendemos.

Nunca comprendí bien lo que me decían esos extraños
y esa mujer tan bonita que me esperaba afuera de la escuela.

Ella se escondía cuando mamá
llegaba por mí.

La mujer decía que le gustaba
tanto mi mirada que la quería tener por siempre.
Ella quería que su hijo tuviera los ojos como yo.

Pero le dije a esa señora
que yo ya era un niño y no podía ser nadie más.

Mamá nunca me hizo caso,
pensó que era mentiroso;
los niños siempre tienen una imaginación muy bella y tonta.

Pero yo no soy un tonto.

La señora me preguntó si quería conocer a su hijo.
Insistió tantas veces por fuera de las rejas de la escuela,
que un día dije que sí.

Ella me llevó hasta donde estaba un niño
que nada más veía sombras.

Nunca supe su nombre;
él me contaba que todo lo que había visto
se le estaba olvidando,
le conté lo que veía en ese momento,
pero nunca pude decirle bien cómo era la luz.

Me dieron ganas de llorar.

Llegó la hora de partir.
Él me dio un abrazo y me dijo que regresara pronto.
Le dije que sí.
Al salir del cuarto le dije a la mamá
del niño que ya era hora de regresar a casa.
Fue cuando ella me contó que quería que su hijo tuviera mis ojos.
Me llevó a una casa muy grande donde olvidé todo
porque unos hombres me hicieron dormir.
Cuando desperté,
me encontré en lo oscuro,
recorriendo los sonidos con mi cuerpo.
Ya no había luz.
Ya no había nada que me diera calor en los ojos.
Después dejé de respirar.
Dejé de saber todo.
Recuerdo que mamá dijo una vez que,
cuando la gente muere,
en el cielo nadie es ni madre ni hijo de nadie,
todos son iguales.
A quién voy a tomar de la mano;
a quién voy a abrazar si nadie es mamá.
Aparecí en una calle donde todo apestaba.
Me vi desnudo.
Olvidé los nombres de las cosas.

Mi cuerpo tenía agujeros.

Mamá se despidió la última mañana que la vi,
diciendo que nadie me podría querer nunca más que ella.

Cuando uno no tiene ojos,
las lágrimas,
siempre,
terminan por crear charcos entre la mirada y la oscuridad.

*El hombre se hinca y comienza,
al igual que los otros,
a tomar un puño de tierra
y cuenta los granos que lo forman.*

Se proyecta la imagen,
vista en picada,
de un contenedor de basura en cuyo
fondo hay un niño desnudo,
bañado en sangre.

Sobre el espacio se proyecta el cuadro
de una hilera de niños y hombres judíos
de la Alemania de la Segunda Guerra
hincados,
con la mirada hacia el piso.

La imagen se corta cuando entra un
soldado alemán que vuela la cabeza de
un anciano.

Se proyectan imágenes de batallas de la
Segunda Guerra Mundial.

Un hombre habla...

HABLAR...

Hay cenizas.

Por el cielo hay cenizas que se visten de blanco.
No recuerdo muy bien el color del polvo que hay en los campos.

En la selva negra de mi mundo.

Hay cenizas que se estrellan
siempre en el cuerpo de la gente.

Hay gente que es ceniza
que se vuelve polvo en el recuerdo de los demás.

Cuando hace frío
el rostro se te rompe en la imaginación
diciéndote que todo parece detenerse,
que la piel se ha muerto
y lo que sientes es el rostro de otro que no eres tú.

Cuando las lágrimas te nacen entre el frío se convierten en hielo,
un llanto duro que se vuelve,
a veces,

a tu sed apagándola entre el dolor de todo.

Nos llevaron primero por muchísimos jardines que,
bañados en la nieve,

parecían gigantes que nos devoraban.

Mamá era,

cuando podía,

una mujer tierna que

tenía un gorro bello con alas enormes;

cubría este gorro todas las horas de mi madre.

Ella me miraba,

siempre supe que me miraba porque cuando

caminábamos me guiaba con aquella melodía;

un pequeño himno de cuando nació.

Al lado de nosotros caminaban hombres con cierta tranquilidad;

éstos comenzaban a desmoronarse hasta convertirse

en piedras del camino.

Parajes enlameados.

Cuando la muerte llega,

escupes un frío que se vuelve eterno.

Caminábamos lentamente,

nos llevaban así aquellos que decían ser soldados

de una guerra que nunca conocí.

Se proyectan marchas militares en

blanco y negro.

Mamá dijo que venían por nosotros,

nos hicieron bordar una estrella en nuestras ropas.

Yo no sabía que era malo que la gente llevara esa marca.

Recuerdo que a papá lo sentaron en la nieve,

le dijeron que se callara.

A nosotros nos sacaron después,

nos formaron en aquella hilera gigantesca de gente,

todos se parecían en lo mismo,

portaban una enorme estrella en sus brazos.

A los mayores les decían perros,

después los golpeaban hasta desmayarlos.

Se proyecta la imagen de un horno de

Auschwitz.

Los quemaron con aquella boca inmensa que

vomitaba lumbre;

la ceniza

bañaba la nieve volviéndola gris color carne.

Mamá en esos momentos empezó a preguntar sobre mis juegos.

Me decía que me acordara de alguno,

que le contara cualquier cosa.

Cuando le conté lo que se me vino a la mente

ella estaba llorando y no puso atención.

La mañana veinticinco de la llegada a aquel lugar,

me tomó por los brazos un soldado.

A lo lejos, mi madre me miraba desde su barraca
y gritaba que me amaba.

Llamaron a todos para continuar con un trabajo lento
que consistía en meter las manos a los cañones de veinticinco milímetros
para limpiarlos de la pólvora quemada.

Nos hacían cantar melodías que nadie entendía.

El soldado me golpeó por no cantar.

Me hincó en aquella hilera gigantesca.

Mis piernas se rajaban por el frío.

A lo lejos,
mirábamos a los soldados lanzarles agua
a las mujeres de las barracas.

Tal vez querían convertirlas en inmensas barras de hielo.

Cuando se pierde la niñez,
de pronto todo te golpea tan fuerte que ya nada tiene sentido,
sino que solamente quieres caminar como una máquina
que acabe con todo lo que a su paso atraviesa.

Un trueno se escuchó a lo largo de mi cuerpo.

Dos tronidos y a lo lejos miraba a las mujeres temblando
entre el frío del día;
tal vez mamá me miraba dentro de ese hueco
donde ella estaba.

Nos separaron y no la volví a ver.

Por la noche siempre me chupaba el dedo

de mi mano que no estaba lastimada
o a veces
me chupaba el dedo
de mi mano que sí estaba lastimada para que sanara.
Perdí mis palabras.
Me convertí en una máquina que funcionaba a base de mierda.
Mamá se perdió.
Un estruendo se precipitaba a mi espalda.
Sentía cómo entre la nieve del piso
se deslizaban los ecos de la muerte.
Sentía el vapor de la sangre,
después la onda del cuerpo estrellado en la nieve.
Los rostros de los soldados siempre son de una bondad extrema.
Algunos te quieren ayudar a morir en paz.
Mi turno llegó.
Siempre,
creo,
tuve la mirada perdida.
Aquel soldado me gritó varias veces.
Dijo que pidiera perdón.
Pero eso era algo que yo no podía hacer.
Él había sido el soldado que nos recibió
cuando llegamos a ese inmenso campo.
Sentí un golpe.

Un oscuro.
Después desperté al lado de mi cuerpo;
yo estaba de pie.
Vi a aquel hombre
y recuerdo que pensé,
por un breve instante,
si él no recordaba que tiempo atrás
me había arrancado la lengua cuando grité mamá.
Creo que no.
Detenido en ese tiempo
llevé la mirada hacia las barracas
pensando en mamá.

Sobre el vientre de las mujeres se
proyectan fetos con seis meses de
gestación.

Las mujeres acarician sus vientres.

Sobre el espacio se proyecta la imagen
de un niño sin ojos,
después con ojos de varios colores.
Después de esto se ve la imagen de un
niño árabe que juega con un escorpión
negro.

Al terminar esta proyección todo se
vuelve una selva gigantesca.
Después se ven fragmentos de la
película Apocalypse Now.

Un hombre habla...

LLORAR...

En el primer día había todo.

Los llantos se escuchaban

donde yo estaba.

En el segundo día,

mi madre me llamaba con otros nombres.

En el tercer día,

mi madre trataba de que yo dijera mi nombre.

En el cuarto día,

mi padre me tomaba en sus brazos

y sonreía largas horas diciéndome al oído lo que él quería

que yo fuera cuando estuviera grande.

En el quinto día,

mi abuela gritaba a las afueras de mi choza

para entrar y conocerme despierto.

Se observan imágenes del draft de
guerra de los años sesenta de Estados
Unidos.

El primer mes vi la luz.
Al segundo supe lo que era reír.
Al quinto me detenía a escuchar las preguntas de los ancianos.
Al primer año
me escondía entre las piernas de mis padres.
A los tres años
escuchaba la palabra guerra.
A los cinco años
vi al mundo llegar
hasta mi choza donde se me apareció todo por primera vez.
Hay brisas que se pierden siempre entre las miradas.
Brisas de colores que te anuncian secretos.
Recuerdo los caminos.
Una explosión.
Recuerdo mis pasos hundiéndose
entre el lodo de la mañana.
A mamá le gustaba verme cuando caminaba,
decía que era igual que los gusanos que,
fuera del lodo,
intentan mantenerse en una buena curva.
Más explosiones.
Papá se fue como siempre a juntar los frutos
de los huertos que estaban lejos de nosotros.

Recuerdo las gotas de agua.

Las gotas inmensas que se
dejan caer entre las hojas de las palmeras
resbalándose como si fueran serpientes que intentan
caer al suelo para después morder a la víctima;
pero las serpientes jamás son tan bellas
como las gotas de agua.

Gritos.

Se observa la imagen de niños
vietnamitas dentro de una escuela
improvisada en medio de la selva.

A veces,
en una gota de agua,
se concentra el mundo.
Se ven los juegos,
se ven todos los llantos
que se encierran tratando de escapar
hasta el rostro de alguien que los necesite
escribir.

Sonidos extraños.

Me gustaba comerme el arroz que me encontraba tirado;
ponerlo en mi boca sintiendo cómo

se iba deshaciendo en granos ese sabor que no existe en el arroz.

Mamá decía que yo era muy fuerte porque nunca lloraba.

Un trueno más.

Me gustaba ver el balanceo de las gigantescas

palmeras que se movían siempre

hacia donde el viento soplara

y eso era lo mejor.

Papá no regresó.

Un trueno más.

Los aromas primero eran húmedos.

El aroma a mojado es un aroma que se te pega

a las narices y sabes que eso está mojado.

Ese día en que mi mamá me abrazó dijo que me amaba.

Empezó a oler muy mal.

Yo nunca había olido eso.

De pronto todo pareció nublarse.

Mamá gritaba, sé que gritaba y comenzaba a llorar.

Yo no sabía por qué lloraba;

ella corría hacia mí, mientras yo reía.

Me tomó en brazos.

Se hizo una gran explosión en mi choza que la hizo reventarse.

La brisa del día lloraba.

Conocí las llamas.

Vi todo

con mis grandes ojos.

Comencé a llorar.

Mamá me apretó y caímos recargados sobre la espalda

de una palmera inmensa que

en su parte de enfrente tenía grabado un enorme

vientre que daba a luz un pequeño nido de pájaros que cantaban muriendo.

Nada se podía respirar.

Nada.

De pronto supe que lo único que podía hacer era dejarme dormir.

Dejarme descansar,

después de todo,

mis lágrimas se secaron antes de salir de mis ojos.

Intento recordar por qué no lloré cuando nací.

Mamá me quería tanto que nunca dejó que nadie me pegara.

No me dejó aprender.

El hombre cae al suelo e intenta llorar,

de sus ojos no se desprende ninguna lágrima.

Las mujeres proyectan en sus vientres

fetos naciendo.

En el fondo se proyecta la secuencia de

radar de un helicóptero apache.

Después se proyecta la imagen de gente

corriendo por el desierto.

Rápidamente aparece el cuadro de una
mujer sentada con un maletín en las
piernas.

El maletín se abre y contiene dólares;
al lado de ella hay una pequeña hielera
clínica.

De nuevo la imagen del desierto,
ahora la gente en el suelo arde.

Sobre los pechos de las mujeres se
proyectan imágenes de bebés que
maman.

Un hombre habla...

CALOR...

Todo es fuego.

Todo es lumbre.

Todo es una inmensa estancia que da vida
a piezas de barro que se extinguen
por el paso del tiempo y del sol.

Es enorme el reloj que da giros al universo
a lo largo de la eternidad.

Rápidas imágenes de musulmanes
orando.

Todos los caminos se unen entre las llamas

que se ven a lo largo de las veredas del desierto
y es ahí donde solamente
la verdad puede aparecer.

Mi padre decía que en los caminos del desierto se
comprende el delirio del infierno,
de ese lugar común donde todos los hombres
deben morar por lo menos una vez en la eternidad,
para que comprendan por qué el llamado cielo es
tan sólo una transición al olvido.

Cuando se nace se debe de nacer mirando al cielo,
para no olvidarlo cuando se muere.

Siempre existe la posibilidad de que, cuando
se muere, quede uno boca abajo.

Creo que me dio a luz alguna bestia que sangraba calor,
que sangraba ardores que la hacían gritar;
una hembra que se montaba en mi padre,
hasta hacerlo erguir su sexo para que la ayudara a darme la luz.

No tengo un odio y soy el odio que camina en el vacío
ardiente de la piel del mundo.

Me da risa el bosque,
me da risa la nocturna nieve
que apacigua el espíritu volviéndolo idiota.

Me dan lástima los árboles que,
como falos,

descansan derramando
un aire que no sirve en un mundo que devora todo.
Cuando nací supe que moriría pronto derribado
entre algún montículo de batallas.
Una batalla a los cuatro años.
Me gustaría ser un suspiro que arda y queme el rostro
de alguien que pase por este camino desértico.
Los fantasmas del desierto nos llevaron.
Nos llevaron con ellos en sus vientres sin dejarnos descansar.
El camino era largo y todos íbamos ahí,
perdidos como una gota de agua que intenta elevarse al cielo;
pero el cielo no tiene nubes
y esta gota es tan diminuta que jamás creará una tormenta.
La guerra,
según lo que había escuchado,
no dejaba a nadie vivo.
Papá se equivocó,
cuando se muere hace demasiado frío.
El hombre desfallece.
Las mujeres avanzan hasta llegar a él.
Lo toman.
Lo acomodan como si fuera un muerto.
Éstas se hincan.

En los cuerpos de los hombres se
proyecta un mar.

Sobre el fondo del espacio aparecen
imágenes que representan un camino
que no termina.

Todo se detiene.

III

Se escucha una melodía propia de algún curso de misticismo barato.

C A M I N O S

Los hombres retoman su discurso
cuando sea necesario.

La proyección se divide en cuatro
partes que es donde se proyectará cada
una de las narraciones de éstos.

Las mujeres permanecen hincadas en
hilera.

Sobre el cuerpo de éstas se proyecta la
imagen de sus hijos pequeños,
éstos caminan sonriendo,
jugando entre aquello que corresponda
a su vida.

Sobre la pantalla se proyecta a las
madres sonriendo,
caminando en diferentes etapas del
embarazo.

Las imágenes se detienen cuando las
cuatro mujeres dan a luz.

En cada una de las pantallas aparecen
imágenes de los niños.

La primera imagen es del niño alemán
sangrando por la boca.

La segunda imagen es del hombre sin
ojos desnudo mientras lo olfatea un
perro.

En uno de los cuadros aparece una
mujer sentada sobre una silla de
madera;

la mujer lleva consigo un maletín lleno
de dólares.

La mujer muestra una carpeta con
fotografías de cientos de niños;
cada fotografía lleva también un precio.

Sobre toda la pantalla aparecen
fotografías infantiles,
en cada una de ellas,
un precio en varias monedas
extranjeras.

Después aparecen muchos rostros
infantiles;
un oscuro violento se hace perceptible,
aparece la palabra **SOLD**.

De nuevo, la proyección se divide
y vemos la imagen de un niño judío que
corre.

La imagen desaparece.

Vemos al mismo niño alemán hincado,
sangrando por la boca.

La proyección continúa y se observa a
un militar alemán que se acerca al niño
preguntándole algo que éste no
entiende.

La pantalla se vuelve a dividir y
simplemente se vuelve brillante.

En todas las proyecciones aparece el
desierto y en éste,
descansan cuerpos hechos polvo.

L A H I S T O R I A D E L T I E M P O

Las mujeres se ponen de pie.

Al fondo,

los hombres están de pie.

La totalidad del espacio se vuelve oscuro,

a veces a colores.

Como si todo fuera una imagen de vida que ha sido carcomida por el tiempo.

Como el efecto de una grabación de video que ha sido re-grabada varias veces.

En todo el espacio aparecen las madres
jóvenes jugando con sus hijos
pequeños;

cada una tararea una melodía con
respecto a su pueblo.

Todo se detiene,
se observan en la pantalla secuencias de
la primera parte de la obra y a gran
velocidad se escucha el audio de dichas
secuencias.

Todo cambia bruscamente y aparece
sobre el espacio la proyección de
veredas que anuncian el horizonte.

Se escucha,

apenas audible,

la melodía Gorecki de Lamb;

todo es oscuro,

a partir de este momento el tiempo transcurrirá de madrugada hasta la noche,

a lo largo del resto de la obra.

En la escena completa,
a gran velocidad que no interrumpe la
escena nocturna,
se perciben imágenes de ojos,
rostros,
estallidos,
llantos,
risas,
batallas.

Estaba embarazada.

Mis lágrimas.

Un sentido común para mi cuerpo,
un sentimiento eterno.

Lo di a luz callado,
en silencio,
después de escuchar tantos llantos,
él debió pensar en no llorar.

Yo lo abrazaba y él lloraba.
Ésa es una mentira,
él nunca lloraba.

Lo amé tanto,
ahora no sé dónde está.
A veces creo que siempre está conmigo.
Creo que nunca voy a olvidarlo.

Sobre el vientre de la mujer se proyecta
la imagen de ella misma cargando el
cuerpo de su hijo muerto.

Su color,
cuando nació,
era rosa.

Un rosa que sólo un cuerpo vivo puede tener.

Lo tomé en mis brazos,
besándolo,
acariciando su pequeño rostro que lloraba.

Era todo un inmenso vaho entre la nieve de la mañana.

Se ve la imagen del niño judío cuando
es tomado prisionero.

Él a veces callaba por miedo.
Pero su voz siempre fue bella.

Se observa la imagen del soldado
cortando la lengua del niño.

Siempre he imaginado la voz de mi hijo,
siempre.

Se observa al niño,
hincado;
éste observa el cielo.

El siempre fue muy fuerte.

Nunca lo volví a ver desde ese día.

Se observa la imagen del niño al ser
ejecutado.

Alguien me dijo que él había muerto,
pero su cuerpo nunca lo encontré.

Sobre el cuerpo de la mujer se proyecta
el cuerpo de su hijo.
El sonido del viento.

Se proyecta un mar de arena

A veces el sol llega muy rápido.

A veces el sol llega tan rápido
que quema los ojos de la gente
que aún camina en silencio.

A veces el sol es tan frío que da silencio.

Aquí donde estoy,
el sol ya no me ilumina;
a veces el sol es simplemente una maldición.

Su hijo se desmorona como arena.

Mi respiración es como un inmenso giro del mundo.

Intento llegar siempre a donde todo pasó.

Pero eso no sucede,

las historias no se repiten.

El hijo de ésta nada en su vientre.

El niño se convierte en un delfín que se
pierde en el horizonte marino.

Las mujeres callan.

Inician su discurso del principio,
pelean las voces.

Los hombres hablan.

El estallido se pudre siempre que lo recuerdo.

Siempre que sé que se recuerda algo en esta dirección.

No sé donde descansar,

tengo los ojos llenos de luz y aún así me vuelvo hielo.

Me vuelvo el éter en medio de esta muerte.

Me vuelvo tiempo,

me vuelvo noche,

me vuelvo polvo,

me vuelvo peste,

me vuelvo hiel,

me vuelvo muerte una vez más,

me vuelvo llanto

y soy aquella lágrima que nunca se convierte en nube.

Me vuelvo simplemente olvido.

¿Conoce,

alguien,

la dirección de la eternidad?

Soy una gota de tiempo.

Camino sin morir.

Camino sin pensar,

sin dormir,

sin reír,

sin decir,

sin ver,

sin caminar,

sin vivir,

sin soñar,

sin tener una sonrisa,

sin poder respirar,

sin recordar,

sin decir un secreto.

Sin llamar al día,

sin tener una noche.

Tengo tantas ganas de llorar.

Por qué él no recordó que ya antes me había quitado el habla.

Por qué no hay nadie que conozca el silencio.

Por qué mi lugar ahora está en silencio.

Por qué la noche es eterna.

Por qué las cosas se pudren cuando se mueven.

Por qué tengo miedo.

Cuando mis ojos tuvieron otro niño,

ellos,

dicen,

que una vez miraron a mamá caminando por la calle.

Ella estaba enseñando una fotografía con mi cara;

ellos dicen que mi madre se acercó al niño que los traía,

diciéndole que tenía unos ojos hermosos.

La mamá de ese niño,

era la mujer bonita.

Ésta le dijo a mamá: gracias.

Después,

la mujer bonita se marchó con el niño que tenía mis ojos.

Mis ojos me dijeron que mi mamá lloraba.

Sobre los cuerpos de las mujeres se proyectan niños,

éstas los mecen cantándoles con calma una canción de cuna.

En los cuerpos de los hombres se
proyecta la imagen de las mujeres
caminando,
embarazadas.

Mientras, en el espacio se proyectan
noticias de la segunda guerra mundial
donde aparece la historia del hombre
sin voz y la mujer;
de la guerra de Vietnam,
donde se lee la noticia del hombre sin
llanto;
de la guerra del golfo y la muerte de
niños en el desierto;
de la venta de órganos.

Se proyectan en el espacio
rostros extraños que parecen observar
todo desde su perspectiva,
se escuchan sonidos raros,
una conversación que no logra
entenderse.

Todo se va aclarando en la pantalla
general,
los cuerpos de las mujeres y hombres
van desapareciendo hasta no verse.

Los rostros de las pantallas toman
forma y se les escucha decir:
«la edición está bien.»

Se escucha la música promocional de
algún noticiero nocturno de una cadena
televisiva comercial.

Epílogo.

El trabajo documental sobre los sucesos mundiales ha ganado el premio Pulitzer.

La sociedad internacional está de acuerdo con dicha resolución.

Al ser entrevistado, el director de dicho documental manifestó que el dolor es sencillamente una buena fuente de inspiración.

Tres días después, el director fue asesinado por extremistas ideológicos.

El grupo extremista puso a la venta en la red electrónica los órganos del director.

Los ojos del hombre, ahora, descansan a la entrada del edificio internacional de la paz.